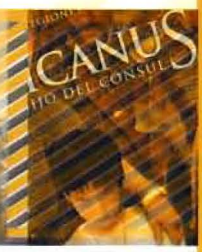

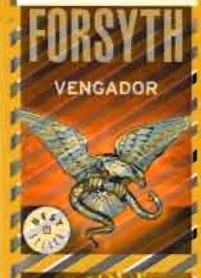

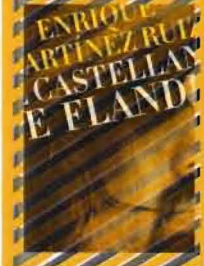

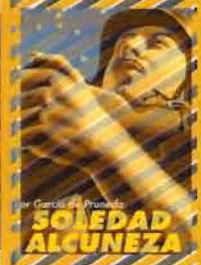

Novela histórica e historia militar

Actas del II Congreso Internacional de Historia Militar

Universidad de La Rioja, 27-29 de mayo de 2015

Asociación Española de Historia Militar (coordinación y edición)

MINISTERIO DE DEFENSA

Reflexiones sobre la historia militar antigua y la novela histórica de tema militar ambientada en la antigüedad[1]

Fernando Quesada Sanz[2]
Universidad Autónoma de Madrid

Conviene indicar desde el principio que estas páginas no tratarán de explicar cómo se narra –o cómo se debe narrar– una batalla antigua en una novela, cuáles son los «trucos» y «recetas» del oficio, así como los peligros y trampas a evitar. Todo ello lo ha hecho ya de manera excelente Javier Negrete, quien aúna las facetas de filólogo, historiador y excelente novelista, tanto en estudios ya publicados (2009) como en el trabajo incluido en esta obra.

Nuevas tendencias convergentes en historia militar antigua y novela histórica de tema militar

Un fenómeno visible en las tres últimas décadas, tanto en el ámbito de la Historia Militar Antigua como en el de la novela histórica ambientada en la Antigüedad y con temática esencialmente militar, es la tendencia a presentar una visión de las batallas distinta de la tradicional.

Frente a la visión omnisciente del general, hay en la literatura una tendencia a combinar esa perspectiva (necesaria si el lector ha de tener una comprensión global de lo que ocurre) con la del combatiente en primera línea, sin ocultar el horror del combate con arma blanca, un horror que, por otro lado, está presente sin tapujos en la propia literatura antigua, como la misma *Ilíada*, que respondía a las expectativas de oyentes que habían experimentado en primera persona el combate. Si comparamos excelentes novelas de tema básicamente militar del período de entreguerras como *Count Belisario* de Robert Graves (1938) o hasta del final de la década del sesenta del siglo XX, como *Gobernador imperial* de George Shipway (publicada en 1968 y traducida al español en 2010) o *Eagle in the Snow* (Breem,

1 Trabajo realizado en el marco del Proyecto de I+D HAR 201343683-P («Resistencia y asimilación a la conquista romana») del MINECO.

2 fernando.quesada@uam.es.

1970), con la mayoría de las novelas de los años noventa en adelante, especialmente las mundialmente famosas de Pressfield como *Puertas de fuego* (1999) y *Vientos de guerra* (2001), o la feroz *La campaña afgana* (2007), observaremos una notable diferencia.

En los libros anteriores a los noventa, la perspectiva suele ser la del general, el tono sobrio, con una visión casi de «estado mayor» destinada a poner en situación al lector y explicarle las maniobras de las batallas, siguiendo lo descrito por las fuentes clásicas. Un caso evidente es la temprana *Count Belisarius* de Robert Graves (1938), quien, quizá por haber tenido personal, directa y dolorosísima experiencia de la batalla en la Primera Guerra Mundial (Graves, 1929), escogió narrar sus batallas casi como si fueran un informe oficial al *War Office*.

La más reciente *Gobernador imperial* sigue en esta línea, pero comienza a introducir toques sangrientos deliberadamente destinados a impresionar al lector y que no se extraen de las fuentes literarias, como en el episodio en que los britanos se presentan en la batalla portando, clavadas sobre las moharras de estandartes romanos capturados, las cabezas de sus *signiferi*:

> «[...] un ruido aterrador se desencadenó en nuestras filas: vergüenza y horror expresados en un profundo gemido, y rabia, que convirtió el gemido en un rugido creciente, una ira enorme cuyo sonido obligó a los falsos legionarios a buscar refugio en sus propias líneas [...] Yo, que había observado el incidente en silencio, di las gracias a los dioses y a Boudica. Nos había proporcionado el último insulto, la gota que colmaba el vaso y que hizo que los soldados cruzaran el límite de la cordura. Nada, absolutamente nada, podría detener ya a aquella legión» (Shipway, 2010: 358).

Pero desde los noventa se aprecia un creciente énfasis en la perspectiva del combatiente individual y un notable realismo en las descripciones sangrientas más explícitas:

> «Lo único que quedaba era la tierra, el polvo revuelto que parecía esperar las entrañas de los hombres al derramarse, sus huesos destrozados, su sangre, su vida. La tierra cubría a los guerreros. Estaba en sus orejas y en las ventanas de su nariz, en sus ojos y garganta, bajo sus uñas y en el pliegue de la espalda. Cubría el sudor y la sal del pelo; aparecía en sus escupitajos y en las secreciones de la nariz [...]. Vi a un escudero de los flianos, que no era más que un muchacho, coger la armadura de su amo y penetrar en la matanza. Antes de que pudiera

dar un solo golpe, una jabalina persa le destrozó la barbilla al atravesarle el hueso» (Pressfield, 1999: 314 y 315).

Es probable que el éxito de esta última novela, basada en la enormemente mitificada batalla de las Termópilas, se debiera al tema tratado, pero no cabe duda de que el novedoso tratamiento impulsó su impacto mundial (Sánchez, 2010).

En buena parte, esta tendencia realista de la narración novelística nace de la publicación en 1976 de un libro académico, *The Face of Battle*, obra de John Keegan, historiador militar y profesor en la Academia de Sandhurst. Su mayor aportación fue narrar y tratar de explicar la batalla desde la perspectiva a ras de suelo del combatiente individual, sobre todo de rango bajo, analizando los espacios y tiempos desde una perspectiva personal, al poner el énfasis en la experiencia directa física y psicológica del combatiente en tiempo de combate. Este nuevo enfoque busca, pues, no solo la descripción de las circunstancias de la batalla, sino explicar desde una nueva óptica su desarrollo mismo y su desenlace, para lo cual pone énfasis en magnitudes físicas ineludibles (el espacio, los tiempos, las capacidades físicas de las armas, el tiempo atmosférico concreto, etcétera), magnitudes que tantas veces se pierden desde el tradicional análisis desde el punto de vista elevado del oficial de Estado Mayor.

Aunque Keegan no utilizó ejemplos tomados del mundo antiguo (su batalla más antigua fue Agincourt, en 1415, mucho mejor documentada que cualquier otra de la Antigüedad), otros historiadores tomaron el testigo para aplicar la metodología al mundo griego (por ejemplo Hanson, 1989) o el romano (por ejemplo Goldsworthy, 1996). El enfoque ha tenido un gran éxito y se ha extendido en la metodología histórica (por ejemplo Sabin, 2000; Zhmodikov, 2000), aunque no esté exento de críticos.

El crítico más acerbo, hasta el punto de rozar la descalificación personal, es E. L. Wheeler (1998 y 2001). Ataca lo que denomina «la escuela Keegan-Hanson» (1998: 647), dentro de su descalificación global del trabajo de Goldsworthy (1996). Sin embargo, en su labor demoledora de todo lo propuesto por este último autor, Wheeler no consigue ofrecer una visión constructiva alternativa. Algunos autores anteriores a la eclosión de los años noventa y muy apegados, como el propio Wheeler, a un estricto análisis erudito de las fuentes, veían productivo el enfoque: «Keegan's comment on Agincourt is perceptive and also relevant to Roman battles» (Oakley, 1985: 393). En conjunto, se va asentando una visión más ponderada de la «escuela Keegan-Hanson» de estudio de la batalla antigua desde el punto de vista del combatiente, como la que recientemente adopta por ejemplo Cadiou (2008: 14).

Con todo, los trabajos académicos sobre el «rostro de la batalla» en Roma, como el citado de Goldsworthy (1996), distan de tener la inmediatez de los rea-

lizados para el mundo griego. Y eso ocurre porque, aunque pueda parecer paradójico, sabemos mucho menos sobre cómo vivieron los romanos la experiencia directa de la batalla en comparación con los antiguos griegos. Sus relieves históricos, como la columna de Trajano o la de Marco Aurelio, pueden narrar de manera detallada, aunque estereotipada, toda una serie de campañas militares, conmemorando las victorias, por ejemplo sobre los dacios, de una manera que no puede hacer el Partenón, que canta la victoria sobre el persa. Pero cuando llegamos a la experiencia, a la vivencia directa y personal, esa misma columna trajana se revela fría e incluso inerte; incluso textos terribles, como el de Tácito referente a las campañas de castigo de Germánico tras la derrota de Teutoburgo, resultan algo alejados:

> « El César [Germánico (14-15 d. C.)] dispuso sus ávidas legiones en cuatro cuñas, para que la devastación fuera más amplia; saquea un territorio de cincuenta millas a sangre y fuego. Ni el sexo ni la edad fueron motivo de compasión; tanto las edificaciones civiles como las sagradas, e incluso el templo más frecuentado ente aquellas gentes, llamado de Tanfana, quedaron arrasadas» (Tácito, *Anales* 1.51, trad. de J. Moralejo).

La evidencia arqueológica, más inmediata y directa, puede cambiar esta percepción radicalmente y proporcionar al novelista datos de una crueldad que posiblemente no se hubiera atrevido a proponer so pena de ser acusado de búsqueda de morbo, caso de los restos humanos mutilados de La Almoina de Valencia (75 a. C.) (Alapont, Calvo y Ribera, 2010).

Algo parecido ocurre con la literatura: la *Eneida* en nada es comparable para este fin a la *Ilíada*, obra que incluso ha permitido tratamientos interesantes de tipo comparativo sobre la psicología del combatiente (por ejemplo Shay, 1994). Pero, sobre todo, los prolíficos autores helenos de los siglos V y IV a. C. (desde Tucídides o Jenofonte, que fueron ambos generales, hasta Esquilo o Aristófanes, pasando por otra amplia gama de autores) nos han dejado muchísimas más impresiones y testimonios de primera mano, y mucho más vívidas, que los autores romanos contemporáneos de la República, o incluso que los del ejército profesional del Imperio, los cuales, en comparación con los locuaces griegos, resultan casi ágrafos o secos, pese a las anécdotas que un Tácito nos puede contar. Otras fuentes como la paleografía o la epigrafía, aunque útiles, resultan mudas para el análisis del «rostro de la batalla». Con todo, en conjunto hay mucha más novela sobre el mundo romano, aunque no necesariamente de tema básicamente militar, y cargada de una fuerte utilización ideológica (en último lugar Cascón, 2014, aunque no entre en temas militares, subgénero de novela que creemos tiene su público específico).

Volviendo a la novela, junto a Pressfield, otros muchos autores se integran en esta línea, en especial en el campo de la novela gráfica como *300* de Frank Miller (2000), aunque la mayoría combina la visión del general con la del combatiente, suavizando el caos del combate para permitir la comprensión del lector, al tiempo que le presentan la muerte y la mutilación con realismo. Es, por ejemplo, el enfoque más frecuente de Javier Negrete, en *Alejandro Magno y las águilas de Roma* (2007) o en *Salamina* (2008). Otros autores de gran éxito, sin embargo, como Santiago Posteguillo, son mucho más sobrios en sus descripciones y tienden a ceñirse a las fuentes clásicas y a una visión táctica general desde el punto de vista del escritor omnisciente, aunque describiendo las distintas acciones en diferentes sectores del campo de batalla, casi como si de un documental se tratase, dando entonces la voz a personajes individuales (por ejemplo, Posteguillo 2006 y 2008). Todas ellas son, por supuesto, opciones válidas y no afectan a la calidad –o ausencia de ella– de la literatura. Lo que sí es cierto es que la narración explícita, de un realismo sin duda saludable para mentes que no conciben el horror esencial de la batalla, puede rozar en algunos casos, y sobre todo en ciertas novelas gráficas, la pornografía de la violencia.

Una categoría particular es la de historiadores profesionales que se pasan, normalmente a tiempo parcial, a la novela histórica, con mayor o menor fortuna (a menudo lo último, precisamente porque el entrenamiento del historiador le lleva a un didactismo, excesos descrípticos e introducción de matices que suelen estar reñidos con la fluidez de la narración). Pero entre quienes superan estas cargas hay casos excelentes, como el de Adrian Goldsworthy, quien ha pasado a ser esa rara subespecie de académico profesional convertido en escritor profesional de libros divulgativos académicos y novelista histórico de bastante éxito, con una serie dedicada a la *Peninsular War*, a la Guerra de la Independencia en España, novelas en las que aplica sin duda no solo sus amplios conocimientos sobre las guerras napoleónicas (su *hobby* confeso), sino su formación como historiador militar. Goldsworthy ha publicado sucesivamente *True Soldier Gentlemen* (2011a), traducida al español con el título *Soldados de honor* (2013b); *Beat the Drums Slowly* (2011b); *Send me Safely back Again* (2012); *All in Scarlet Uniform* (2013a), y *Run them Ashore* (2014). Una formación en *classics* no puede menos que hacerse evidente cuando, por ejemplo, un asediado oficial polaco al servicio de Napoleón responde con un escueto «Ven y tómalo», como respuesta a la orden de rendir su fuerte (Goldsworthy 2014: 168; ver Plutarco sobre las Termópilas, *Máximas de Espartanos*, 51.11). Un capitán culto de ese período –principios del siglo XIX– a menudo sin duda conocía la obra de Plutarco, incluso en versión original, cosa que no puede decirse hoy en día ni siquiera de los licenciados universitarios. Igualmente, resulta cómica la manera en que un sacerdote español comunica en latín a un oficial britá-

nico la presencia cercana de caballería francesa: «equites cataphracti et lanciarii» (Goldsworthy, 2011a: 221). Son ejemplos en los que el novelista-*classicist* se permite aparecer en el texto de su novela sin tratar de resultar didáctico ni discursivo, al tiempo que hace un guiño al lector.

Historia y Literatura: dos ámbitos diferentes

Escribía Javier Marías hace unos años, con su habitual contundencia, sobre un fenómeno literario que se produce:

> «[...] entre gente no demasiado ilustrada pero abundante, y no necesariamente cerril en todos los aspectos, algo para mi insólito y de una gravedad extrema, a saber: la confusión o indistinción entre lo ficticio y lo histórico. Ante la oportunista proliferación de novelas que fabulan insensatamente acerca de personajes que existieron –sean Leonardo, Vermeer o Juana la Loca–, me encuentro con cada vez más personas, sobre todo jóvenes, que afirman leerlas porque "además así aprendo" y que creen a pies juntillas los disparates que la mayoría de esas obras de ficción les cuentan, o les cuelan. Es decir, están convencidos de que cualquier fabulación o fantasía son poco menos que documentos históricos, y se las creen con la misma fe que si fueran crónicas de historiadores. O bien ignoran lo que son las ficciones, y las toman por verdades expuestas de forma amena» (2005).

Con un tono provocativo en un contexto periodístico, Marías probablemente exagera al generalizar sobre «fabulaciones insensatas» y «disparates». La mayoría de los mejores novelistas «históricos» actuales se documentan, y mucho, antes de escribir, y en general evitan errores gruesos. Los mejores a menudo añaden incluso apéndices bibliográficos detallados (Vidal, 1983: 543; Posteguillo, 2006: 709-712; Negrete, 2008: 599-563), o serios apéndices sobre las fuerzas enfrentadas en los ejércitos en liza (Shipway, 2010: 428-430) o los cónsules romanos (Posteguillo, 2006: 699).

Si el objetivo de estas bibliografías es animar a esos lectores que, animados por la ficción, puedan animarse a dar el salto y leer la historia que ha inspirado esa literatura, considero adecuados tales añadidos. Pero si son una forma de justificarse ante el lector, como indicando que el autor ha «hecho sus deberes» previos, creo que tales apéndices pueden llevar a profundizar en el error denunciado por Marías de que la novela histórica es una forma de historia. No lo es, por muy bien documentada que esté: es literatura. Por eso causa cierta melancolía la nota justificativa que Robert

Graves insertó al comienzo de su *Claudio el dios y su esposa Mesalina* (1978: 8). En ella se defendía –innecesariamente a mi juicio– de los críticos que le acusaban de hacer poco más que parafrasear a Suetonio y a Tácito, y para ello recogía como marchamo de calidad, autenticidad y autoridad la gran variedad de fuentes que había empleado. Luego, el gran Gore Vidal le siguió explícitamente en una nota previa de *Juliano el Apóstata* (1983: 9). Incluso hoy se mantiene esta forma de justificación, cuando un escritor de enorme éxito como Santiago Posteguillo llega a escribir: «con el mismo fin de no ser acusado de limitarme a reescribir a Tito Livio o a Polibio [...] o a cualquiera de los otros grandes historiadores de la antigua Roma, se incluye aquí esta sucinta bibliografía» (2006: 709).

A mi juicio, los escritores se documentan abundantemente, cada vez más y mejor, y hacen bien, para que su trama esté de acuerdo a lo que los historiadores plantean o las fuentes indican, y la ambientación esté exenta de anacronismos o errores. Pero no tienen por qué justificarse «enseñando sus cartas» documentales, como tampoco explican los trucos del oficio que emplean en el desarrollo de la trama, o el planteamiento de los puntos de vista de los personajes, o la forma de narrar una acción compleja, aunque puedan hacerlo en texto aparte si les place (Negrete, 2009).

En su introducción a *La conquista de Alejandro*, escribe Steven Pressfield:

> «Lo que sigue es ficción, no historia. Las escenas y los personajes han sido inventados; se han tomado licencias. Se han puesto palabras en los labios de figuras históricas que son enteramente producto de la imaginación del autor. Aunque nada en este relato es infiel al espíritu de la vida de Alejandro tal como la entiendo [el subrayado es nuestro, volveremos enseguida sobre ello], he transpuesto ciertos acontecimientos históricos a favor del interés del tema» (2005: 11)[3].

Teniendo en cuenta que esto lo escribe uno de los autores más fieles y acertados en los detalles militares que centran su obra, la advertencia es digna de encomio y, de nuevo, quizá innecesaria, salvo que Javier Marías tenga toda la razón y sean muchos, demasiados, quienes buscan convertir la lectura de novela en una forma amena de aprender historia. Fenómeno que recuerda al lamentabilísimo *slogan* publicitario «Aprenda Vd. inglés (o alemán, o chino) sin esfuerzo».

Sea cual fuere la técnica narrativa empleada por el autor de novelas –la visión del general, la del soldado o una mixta, con o sin uso del narrador omnisciente–, su

3 El título escogido para la traducción española, *La conquista de Alejandro Magno,* es pésimo (*vid. infra*).

discurso ha de tener necesariamente una característica que lo separa radicalmente de la narración del historiador, y que hace de la novela una obra literaria de ficción, y no historia. Se trata, claro está, de la eliminación de las incertidumbres.

Nos referimos, en un primer nivel, a que incluso el novelista más propenso a mostrar «el rostro de la batalla», en la casi totalidad de los casos limita mucho la descripción del caos consustancial al combate, realidad caótica que ha llevado a muchos militares profesionales, y a novelistas con experiencia directa de combate, a negar la posibilidad de «narrar» la realidad de lo que ocurre en una batalla, como hizo Tolstoi en 1888 (Tolstoi, 1988; ver al respecto un análisis más detallado en Quesada, 2016, en prensa).

En un segundo nivel, el historiador tiene la obligación de exponer y analizar las múltiples incertidumbres y lagunas que plantean las fuentes sobre el desarrollo de las batallas (antiguas e incluso modernas), desde la ubicación misma del campo de batalla, los efectivos, el propio desarrollo de los acontecimientos y mil detalles. En cambio, el novelista necesariamente ha de escoger en cada punto de su narración, y de acuerdo con su personal juicio o sus intereses literarios, una de entre las múltiples opciones posibles que las fuentes autorizan, o incluso fabular acontecimientos, plausibles pero no documentados, para llenar lagunas o explicar contradicciones. Es decir, el novelista ha de escoger y presentar una visión «real y factual» de entre las posibles, pero necesariamente fabulada aunque plausible del desarrollo de la batalla en cuestión. En cambio, el buen historiador tiene la obligación de hacer saber al lector que no hay una «verdad», que no hay forma de saber qué pasó realmente, en qué orden y de qué manera, en un combate dado de la antigüedad, que las lagunas y ambigüedades y alternativas son casi siempre más numerosas y agobiantes que los datos que podemos dar por seguros (Quesada, 2016, en prensa). Y esto nos lleva a otra cuestión, la tendencia a considerar las novelas históricas como una suerte de sucedáneo de la «árida historia de los manuales» que ya hace tiempo que casi se ha extinguido.

La tentación didáctica y la literalidad de las fuentes

Como historiador profesional, en una novela histórica espero una trama atractiva, personajes bien construidos y complejos, y una ambientación que demuestre que el autor se ha tomado en serio su trabajo de documentación. No espero «aprender historia». Ni quiero leer «Historia», sino «una historia». Lo que más temo como historiador es, porque suele ser signo de una mala novela, que, según paso páginas, vaya murmurando con hastío: «Polibio... Livio... Apiano...». La habilidad del buen novelista es que tal cosa no ocurra, y por ello resulta doloroso tener que seguir leyendo justificaciones que debieran ser innecesarias si todo el mundo

supiera, cuando lee una novela, que está leyendo una novela. Una variante, muy frecuente en una novela pero aún más en el cine, donde a veces parece asumirse la estupidez del espectador medio, es la tentación didáctica. En cuestiones militares, y en el cine, suele reflejarse en escenas en las que los generales proporcionan mediante reuniones «de estado mayor» sobre mapas o maquetas que no existían en el período correspondiente, el encuadre general para que el público pueda seguir la lógica de la acción, eliminando de paso la «niebla de la guerra» que es en verdad su rasgo más notable en la realidad. En la novela, la tentación didáctica adopta muchas formas, a veces menos evidentes pero sin duda más aburridas: desde una digresión larga y detallada para explicar todos los elementos de una fortificación griega, romana o medieval, que parece destinada a mostrar la sabiduría arqueológica del novelista, hasta la simple paráfrasis de un autor clásico para describir las armas de cada tipo de unidad en una batalla; el buen escritor consigue integrar estas explicaciones en la narración sin caer en estas enojosas digresiones. Solo hay algo peor: los anacronismos o errores de bulto resultado de una mala documentación o de un exceso de fe en la imaginería de la versión cinematográfica del *Señor de los Anillos,* cuyas batallas son un ejemplo de imposibles físicos y tácticos (incluso si nos olvidamos de los *Nazgul* y otros seres inhumanos). No podemos en este contexto menos que recomendar la lectura del excelente y a la vez desopilante relato corto de Eduardo Gallego y Guillem Sánchez, *Dar de Comer al Sediento*, en el que, en un futuro cercano, el corrector de estilo de un procesador de textos avanzado explica a un escritor novel las barbaridades militares que está cometiendo en su narración (Gallego y Sánchez, 1997: 247).

En ocasiones, un escritor practica con éxito un anacronismo consciente, una suerte de juego con los tiempos y edades y acontecimientos, que parece destinado como un fruto dedicado al paladar del lector más formado. Y en tal caso, el texto se disfruta más, no como un anacronismo, sino como un juego intelectual amable. Pongamos un ejemplo: el 25 de junio de 1807 el emperador Napoleón y el zar Alejandro I mantuvieron una reunión en Tilsit, supuestamente amistosa, aunque todo el mundo sabía de la rivalidad de personas y naciones que llevaría a la catastrófica guerra de 1812. El encuentro se celebró en una balsa anclada en medio del río Niemen, territorio neutral, engalanado para la ocasión (Chandler, 1969: 585 y ss.). Pues bien, Pressfield imagina así un encuentro supuesto entre Alejandro y el rey Poro de la India: «las delegaciones se reunieron en la barca real de Poros, en medio del río [...] la embarcación enviada a nuestro rescate estaba tripulada por marineros indios todos mayores de setenta años, honrados por su edad» (2005: 209).

El novelista aprovecha entonces para realizar una serie de curiosas reflexiones sobre el concepto de poder en las que, curiosamente, Poro sale mejor parado que Alejandro, quien resulta ser el supremo conquistador, pero no todavía un ver-

dadero rey. De hecho, en el curso de una entrevista, Pressfield desveló que, a través de Poro, estaba expresando su propio punto de vista y que su novela trataba de las «limitations of the warrior archetype. Alexander in my view was the supreme example of the warrior-conqueror, but he could never [...] transcend that incarnation and get to the next level [...] something like the benevolent and people-empowering king»[4].

Hay finalmente casos en que el novelista parece entrar directamente en el terreno de la fantasía, en la creación de mundos alternativos, cuando en realidad está jugando con una idea de dos mil años de antigüedad. Tomemos por ejemplo el caso de la espléndida novela de Javier Negrete, *Alejandro y las águilas de Roma,* que juega con la idea de que Alejandro hubiera vuelto sus ojos hacia Occidente y hubiera atacado a la emergente República romana (2007). El resultado es una lectura apasionante, bien documentada, pero con un elemento de inquietante fantasía que a menudo es «marca de la casa» del autor, y que pide a gritos su continuación. Pero lo que ahora nos interesa es que Negrete sigue los pasos de un ilustre predecesor, Tito Livio, quien ya en el s. I d. C. jugó, casi con un poco de vergüenza, con esa misma idea, en la que –por supuesto– los romanos habrían vencido:

> «Sin embargo, al hacer mención de un rey y un general tan grande, me siento impulsado a exponer las reflexiones que a menudo me han pasado por la mente de forma callada, de suerte que se me permita conjeturar cuál hubiera sido la suerte de Roma si hubiera tenido que hacer la guerra con Alejandro [...] en la guerra son factores decisivos el número y el valor de los soldados, las dotes naturales de los generales, y la suerte, que si en todas las vicisitudes humanas tiene influencia, la tiene sobre todo en cuestiones de guerra. Todos estos factores, considerados tanto de forma individual como en conjunto, permiten sacar fácilmente la conclusión de que el estado romano no hubiera sido vencido tampoco por este rey [...] En primer lugar [...] no niego que indudablemente Alejandro fue un general excepcional, pero lo hace sin embargo más ilustre la circunstancia de que fue él solo [...] ¿tengo que pasar lista a los generales romanos [...] con los que Alejandro hubiera tenido que enfrentarse? [...] Habría reconocido que no se las veía con un Darío, que llevaba tras de sí un ejército de mujeres y semihombres [...] muchos [...] o comprenden que están estableciendo una comparación entre las hazañas de un hombre, y además joven,

4 http://www.enterstageright.com/archive/articles/1104/1104pressfieldinterview.htm.

> y las de un pueblo que lleva ya ochocientos años haciendo la guerra [...] Falta por hacer la comparación entre unas fuerzas armadas y otras en cuando al número y calidad de los soldados [...] a Alejandro, como después le ocurrió a Aníbal, al hacer la guerra en territorio extranjero el ejército se le habría debilitado» (Livio, 9.17-19).

Y no se piense que esta «novela histórica» de Livio fue cosa única, en un divertido diálogo, un escritor del s. II d. C., Luciano de Samósata (*Diálogos de los Muertos*, 12) presenta la discusión en la puerta del Hades, ante Minos, el juez de los muertos, entre Escipión, Aníbal y Alejandro sobre cuál de los tres fue el general más grande. ¿El resultado?: Alejandro queda primero, seguido por Escipión y luego Aníbal Barca.

Otra forma de anacronismo interesante es el juego del novelista con mitos históricos militares. De acuerdo con una teoría que aparece y reaparece periódicamente bajo nuevas formas, parte de los legionarios romanos de Craso fueron hechos prisioneros por los partos tras la desastrosa derrota de Carras en el año 53 a. C. De acuerdo con esta idea, parte de los diez mil romanos capturados y esclavizados (Plutarco, *Craso*, 31.8) habrían sido enviados a provincias orientales del Imperio parto (Plinio, *Naturalis Historia*, 6.18.47). A partir de aquí comienza el mito: parte de esos soldados, una «legión perdida», habrían sido revendidos y habrían acabado en China, donde se habrían establecido en una ciudad de forma campamental, mezclándose con mujeres locales e incluso combatiendo como mercenarios. Años después, en 19 a. C., Augusto habría tratado de negociar la vuelta de los esclavos supervivientes en Partia, pero buena parte de ellos habrían ya desaparecido en Oriente. El tema ha dado lugar a estudios eruditos desde la primera noticia del sinólogo H. Dubs, quien, en 1941, creyó haber encontrado en fuentes chinas noticias de esos romanos; desde entonces el tema resurge periódicamente, incluso en la prensa generalista[5], además de en el medio académico (Rodríguez, 1997; Manthe, 2014). Sobre estos mimbres, Ben Kane, otro prolífico autor bien conocido, publicó *La legión olvidada* (2008), tan mítica para los aficionados como otra legión, la IX Hispana, «perdida» en Britannia en el siglo II d. C., y cuya supuesta destrucción ha dado lugar a novelas tan famosas como la de Rosemary Sutcliff, *The Eagle of the Ninth*, dedicada a la recuperación de su estandarte (1954), o la de Valerio Manfredi, *La última legión* (2003), ambas origen de sendas películas de 2011 y 2007, respectivamente.

5 Por ejemplo, en prensa reputada como «seria»: http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/asia/china/8154490/Chinese-villagers-descended-from-Roman-soldiers.html; http://www.dailymail.co.uk/sciencetech/article-1332636/DNA-tests-Chinese-villagers-green-eyes-descendants-lost-Roman-legion.html.

Un problema relacionado con lo que venimos comentando es el de la evolución de la documentación arqueológica e histórica y su empleo por el novelista. En un momento dado, un nuevo descubrimiento puede variar radicalmente nuestro conocimiento sobre una guerra o campaña antigua. En el caso del historiador, no hay mayor problema que desechar el viejo paradigma y comenzar a trabajar con el nuevo; en el del novelista, si su narración descansa en exceso sobre una documentación que se ha quedado obsoleta, las consecuencias pueden ser graves, sobre todo para el incauto lector que pueda creer que está aprendiendo Historia. Si la narración es en exceso literal y dependiente de las fuentes tradicionales, el conjunto de la estructura novelística puede quebrarse; si la novela se sostiene sobre las bases de su narración y personajes, entonces el problema para el escritor o el lector avisado pasa a ser nulo.

Un ejemplo de lo que venimos diciendo es el del reciente descubrimiento en el cerro de las Albahacas de Santo Tomé de un campo de batalla de la Segunda Guerra Púnica, cuyas características han permitido identificarlo como el de la Baecula de las fuentes, librada entre Asdrúbal y Escipión en el año 208 a. C. (Bellón, *et al.* 2013, 2014 y 2015 en prensa). Para esta batalla nuestras fuentes principales son Polibio (10.38-39) y Tito Livio (27.18), quienes en general son muy coincidentes, aunque presentan suficientes detalles distintos como para suponer que Livio, además de Polibio, empleó otras fuentes.

Analizaremos aquí dos aspectos de la cuestión. Por un lado, la meramente topográfica. Los textos de Polibio y Livio son básicamente coincidentes entre sí, y con la topografía básica del cerro de las Albahacas, con un río a sus espaldas, zonas llanas en lo alto y un acceso empinado, por donde llegaron los romanos:

> «[A] una altura que tenía una explanada en su parte más alta. Por detrás había un río y por delante y por los lados ceñía todo su contorno una especie de ribazo abrupto. En la parte baja había también otra planicie ligeramente inclinada, rodeada a su vez por un saliente igualmente difícil de escalar» (Livio, 27.18.5-7).

Polibio coincide en la presencia del río a la espalda del campamento cartaginés, algo que impide aceptar la ubicación tradicional del campo de batalla justo al este de Bailén, donde el río Guadiel discurre por delante, dato este sí crítico porque impediría o dificultaría el avance del ejército. Quienes han criticado la identificación sobre la base de que la topografía no coincide exactamente y en todos los detalles con lo descrito por Livio demuestran desconocer aspectos fundamentales de la arqueología de los campos de batalla y del análisis de las fuentes literarias a ellos referidas.

En segundo lugar, la combinación de un nuevo análisis de las fuentes literarias con los datos que está ofreciendo la arqueología permite afirmar que, lejos de ser junto con la toma de Carthago Nova (209 a. C.) e Illipa (206 a. C.) una de las tres grandes victorias de Escipión en Hispania, que cimentaron su victoria sobre Cartago, Baecula fue más bien una acción de retaguardia reñida entre tropas ligeras, en la que Asdrúbal consiguió su objetivo principal: retirarse con lo sustancial de su ejército, los elefantes y el tesoro para ir a unirse con su hermano Aníbal en Italia (ver argumentación detallada en Quesada, 2013 y 2015).

Las fuentes son claras al respecto, aunque la realidad quede en cierto modo camuflada entre fanfarrias de clamorosa victoria: «Asdrúbal no luchó hasta el final; cuando vio a sus fuerzas huir derrotadas tomó su dinero y sus fieras, reunió el máximo número de fugitivos que le fue posible y se retiró siguiendo el río Tajo aguas arriba» (Polibio, 10.39.7). Dice además Livio: «Asdrúbal, que ya antes de entrar en combate había cogido el dinero y mandado por delante los elefantes, reunió todos los fugitivos que pudo y se dirigió al Pirineo cruzando el Tajo» (Livio, 27.18.19).

¿Por qué entonces tenemos la percepción de una gran derrota de Asdrúbal?: porque las fuentes romanas, sobre todo Polibio (miembro del clan escipiónico), estuvieron interesadas en tapar lo que podía haber sido un desastre. De hecho, en el propio Senado de Roma las cosas se discutieron de otro modo: quizá la mejor prueba de que solo Escipión y su entorno familiar y clientelar vieron Baecula como una gran victoria (o intentaron convencer al mundo de que así había sido, con notable éxito incluso hoy en día) es el ácido y demoledor discurso pronunciado en el Senado de Roma en 205 a. C. por el gran Quinto Fabio Máximo. En ese momento Escipión estaba casi en el apogeo de su fama, tras haber vencido en Ilipa y haber expulsado a los cartagineses de Hispania. Y aun así, el gran rival político de Escipión el Africano se atrevió a decir en público lo que sin duda muchos habían murmurado en su momento, aunque Polibio y Livio callen: «estaremos en el mismo peligro es que estuvimos hace poco cuando pasó a Italia ese Asdrúbal al que tú [...] dejaste escapar de las manos hacia Italia. Dirás que le habías vencido; pero la verdad es que yo desearía [...] que no se le hubiera franqueado a un vencido el camino hacia Italia» (Livio, 28.42.14-15).

¿Qué relación tiene todo esto con la novela histórica? Pues que la arqueología combinada con una relectura desapasionada de las fuentes puede dar por completo la vuelta a la interpretación de una batalla considerada clave. Si una novela descansa en exceso en una paráfrasis de las fuentes literarias, una nueva visión de las mismas o unos nuevos descubrimientos como los que se han producido en Santo Tomé, pueden hacer peligrar la estructura misma de una novela o parte de ella. Si por el contrario la novela descansa en la trama, en el desarrollo de los personajes, en lo que, en fin, llamamos «literatura» en el más noble sentido

de la palabra, el cambio de enfoque de la investigación no tendrá apenas consecuencias. Pensemos por ejemplo en la trilogía sobre Escipión el Africano de Santiago Posteguillo (2008), en cuyo segundo volumen –*Las legiones malditas*– la batalla de Baecula recibe la atención de un capítulo completo, el decimonoveno. La narración de la batalla sigue en lo básico el discurso tradicional (incluso con la ubicación de la batalla junto al río Guadiel) y casi con seguridad obsoleto y erróneo, pero –en nuestra opinión– la narración no sufre desde el punto de vista del lector que no quiera aprender historia. Porque, por un lado, Posteguillo se da cuenta, quizá intuitivamente, de la contradicción presente en la narración de la batalla por Livio, una gran batalla campal que no es tal, y sobre todo porque es el ritmo y la acción lo que atrapa al lector y porque se pone el adecuado énfasis; en el capítulo 21, en el otro resultado de la batalla, el verdaderamente importante, que los hispanos perdieron la fe en Cartago y comenzaron a aclamar a Escipión como «rey», transfiriendo sus lealtades a Roma.

El general y su psicología

Más que en el tema, la ambientación o los personajes menores, es en el problema de la (re)creación de la psicología y los pensamientos de personajes históricos relevantes donde radica, a mi juicio, el mayor desafío del novelista. El protagonista de las *Mémoires d'Hadrien* de Marguerite Yourcenar (1951) puede ser fascinante, de hecho lo es; pero es más que probable que tenga poco o nada que ver con el Adriano que existió, y cuya personalidad real en verdad no podemos conocer fuera de las versiones tendenciosas y parciales de las diferentes fuentes clásicas conservadas.

Pero, puesto que el énfasis en esta ponencia está en las cuestiones militares, tomaremos mejor el caso de Alejandro Magno. Muchísimos novelistas han tratado de leer en su mente, de trazar un cuadro razonable de quién pudo ser. Y lo mismo han tratado de hacer otros tantos historiadores y, a nuestro juicio, con mucha menor justificación. Porque lo cierto es que nadie sabe quién fue Alejandro. Sabemos, con bastante detalle qué hizo, cuáles fueron sus acciones, en qué orden y qué consecuencias tuvieron. Pero no podemos saber quién fue, qué pensaba, cuáles fueron sus sentimientos y pensamientos profundos, y nunca podremos saberlo. Historiador tras historiador han luchado contra una quimera: para estudiar a Alejandro habría que comprenderle, conocerle, penetrar en su mente. Pero el problema es que Alejandro es un mito cuya creación comenzó justo tras su fallecimiento. ¿Fue el Magno un rey filósofo que soñaba con la fusión de las razas y una civilización universal?, ¿un personaje brutal, inmoderado, sin escrúpulos, presa de sus pasiones?, ¿un psicópata?, ¿un alcohólico?, ¿un hombre de su tiempo, criado en una corte tan

dura como la de Pella?, ¿o como quería Plutarco, un joven rey lleno de cualidades transformado por Oriente en un déspota implacable? Simplemente no lo sabemos, puede que ninguna de estas cosas, o todas ellas, a la vez o sucesivamente.

El trabajo de los investigadores modernos consiste en buena medida en una glosa depurada de las fuentes literarias antiguas, a la luz de una metodología de análisis textual progresivamente afinada desde el Renacimiento. Pero la calidad del resultado depende ante todo de la de las fuentes, y el problema es que las fuentes sobre Alejandro (no entraremos aquí en ellas, ver Domínguez 2013: 311 y ss. para una síntesis) son muy tardías, contradictorias y sesgadas hasta un gran extremo. Alejandro-persona se nos escapa, inevitablemente; solo podemos tratar de construir una visión del personaje, pero difícilmente podemos asegurar que responda al Alejandro «real».

Así, Victor Davis Hanson puede escribir:

> «Too many scholars like to compare Alexander to Hannibal or Napoleon. A far better match would be Hitler [...] both were crack-pot mystics, intent solely on loot and plunder under the guise of bringing "culture" to the East and "freeing" oppressed peoples from a corrupt empire. Both were kind to animals, showed deference to women, talked constantly of their own destiny and divinity, and could be especially courteous to subordinates even as they planned the destruction of hundreds of thousands, and murdered their closest associates» (1999: 189 y 190).

En el otro extremo otro gran clasicista (y además soldado condecorado y destacado), Nicholas Hammond, ofrece una perspectiva opuesta:

> «Hemos mencionado muchas facetas de la personalidad de Alejandro: sus profundos afectos, sus fuertes emociones, su valor sin límite, la brillantez y rapidez de su pensamiento, su curiosidad intelectual, su amor por la gloria, su espíritu competitivo, la aceptación de cualquier reto, su generosidad y su compasión; y por otro lado, su ambición desmesurada, su despiadada fuerza de voluntad: sus deseos, pasiones y emociones sin freno... en suma, tenía muchas de las cualidades del buen salvaje» (1992: 378).

Y así sucesivamente. Antes de dar su propia versión de Alejandro, Paul Cartledge lo expresa muy bien: «Or was he none of these [posibles Alejandros recreados por los sabios], or something of all, or some of them? Faites vous jeux, mesdames et messieurs» (2004: 197).

Ante la imposibilidad de conocer al Alejandro «real», creemos menos defendible la actitud de historiadores que buscan lo imposible, y mucho más razonable el trabajo del novelista. Como escribíamos hace algunos años, quien lea y asimile lo suficiente las fuentes conservadas puede lícitamente recrear «su» Alejandro, la figura en la que su mente pueda creer confortablemente. Siempre y cuando, claro es, que esa persona sea consciente de que su recreación será solo eso, una reconstrucción especulativa basada en datos escasos, tamizados primero por fuentes tardías que nos los han transmitido, y luego alterados por los propios gustos, formación intelectual e incluso por la inclinación sexual del estudioso o lector moderno. Y que sea consciente de que el Alejandro así (re)creado no estará más lejos o más cerca de ser un utópico «Alejandro real» que el soñado por un lector de Valerio Manfredi en un banco del metro, o por el estudioso de Plutarco en las aulas oxonienses (Quesada, 2005).

En torno al creciente problema de las traducciones

No podemos concluir estas páginas sin realizar al menos una brevísima reflexión sobre el problema, que creemos creciente, de las traducciones de obras en idiomas extranjeros. Los foros de Internet están plagados de feroces críticas a traducciones absurdas e incomprensibles[6]. Incluso en obras por demás cuidadas se pueden deslizar errores garrafales que no son obvios y que, por tanto, pueden llevar a engaño al lector. En el caso de libros de historia recordamos ahora uno en particular (la versión española de Keegan, 1993) en la que, junto con párrafos difícilmente comprensibles ya desde la primera página, se producían errores de bulto al invertir los significados. Es el caso por ejemplo del término *assegai*, en su variante de arma impuesta por el rey zulú Shaka para limitar el uso de armas arrojadizas y fomentar el combate cuerpo a cuerpo, que venía descrita para mayor claridad en el texto inglés –en un pie de foto– como *stabbing assegai*. La versión española, en cambio, lo traducía por «azagaya» (DRAE: «Lanza o dardo pequeño arrojadizo»).

Pero puesto que nos centramos en temas asociados a la novela histórica, queremos volver sobre un tema insidioso, que afecta incluso a la intención original del autor: la traducción de los títulos. Nos vamos a referir en concreto al libro

6 Por ejemplo, y sin intención de denunciar específicamente a ningún libro en particular, véanse las encendidas discusiones mantenidas –con casos verdaderamente sangrantes– en: http://www.elgrancapitan.org/foro/viewtopic.php?t=14272; http://www.forosegundaguerra.com/viewtopic.php?t=7347; http://www.forosegundaguerra.com/viewtopic.php?t=6971. Justo es decir también que en estos mismos foros no faltan traductores extremadamente escrupulosos que plantean sus dudas, y a quienes verdaderos expertos responden con todo detalle, generando a veces interesantes debates sobre temas muy precisos y complejos de tipo técnico.

Ante la imposibilidad de conocer al Alejandro «real», creemos menos defendible la actitud de historiadores que buscan lo imposible, y mucho más razonable el trabajo del novelista. Como escribíamos hace algunos años, quien lea y asimile lo suficiente las fuentes conservadas puede lícitamente recrear «su» Alejandro, la figura en la que su mente pueda creer confortablemente. Siempre y cuando, claro es, que esa persona sea consciente de que su recreación será solo eso, una reconstrucción especulativa basada en datos escasos, tamizados primero por fuentes tardías que nos los han transmitido, y luego alterados por los propios gustos, formación intelectual e incluso por la inclinación sexual del estudioso o lector moderno. Y que sea consciente de que el Alejandro así (re)creado no estará más lejos o más cerca de ser un utópico «Alejandro real» que el soñado por un lector de Valerio Manfredi en un banco del metro, o por el estudioso de Plutarco en las aulas oxonienses (Quesada, 2005).

En torno al creciente problema de las traducciones

No podemos concluir estas páginas sin realizar al menos una brevísima reflexión sobre el problema, que creemos creciente, de las traducciones de obras en idiomas extranjeros. Los foros de Internet están plagados de feroces críticas a traducciones absurdas e incomprensibles[6]. Incluso en obras por demás cuidadas se pueden deslizar errores garrafales que no son obvios y que, por tanto, pueden llevar a engaño al lector. En el caso de libros de historia recordamos ahora uno en particular (la versión española de Keegan, 1993) en la que, junto con párrafos difícilmente comprensibles ya desde la primera página, se producían errores de bulto al invertir los significados. Es el caso por ejemplo del término *assegai*, en su variante de arma impuesta por el rey zulú Shaka para limitar el uso de armas arrojadizas y fomentar el combate cuerpo a cuerpo, que venía descrita para mayor claridad en el texto inglés –en un pie de foto– como *stabbing assegai*. La versión española, en cambio, lo traducía por «azagaya» (DRAE: «Lanza o dardo pequeño arrojadizo»).

Pero puesto que nos centramos en temas asociados a la novela histórica, queremos volver sobre un tema insidioso, que afecta incluso a la intención original del autor: la traducción de los títulos. Nos vamos a referir en concreto al libro

6 Por ejemplo, y sin intención de denunciar específicamente a ningún libro en particular, véanse las encendidas discusiones mantenidas –con casos verdaderamente sangrantes– en: http://www.elgrancapitan.org/foro/viewtopic.php?t=14272; http://www.forosegundaguerra.com/viewtopic.php?t=7347; http://www.forosegundaguerra.com/viewtopic.php?t=6971. Justo es decir también que en estos mismos foros no faltan traductores extremadamente escrupulosos que plantean sus dudas, y a quienes verdaderos expertos responden con todo detalle, generando a veces interesantes debates sobre temas muy precisos y complejos de tipo técnico.

de Pressfield (un autor que por entonces –2005– ya gozaba de merecida fama internacional), titulado en origen *Alexander: the Virtues of War*, título que fue cambiado absurda y lamentablemente al español como *La conquista de Alejandro Magno*. Y decimos que el cambio es absurdo e incluso creemos que ofensivo para con el autor, ya que toda la novela se estructura no en orden cronológico sobre la vida del macedonio, sino en torno a una serie de las llamadas «virtudes militares»: la voluntad de luchar, el afán de gloria, el dominio de sí mismo, la vergüenza ante el fracaso, el desprecio por la muerte, la paciencia, el instinto de matar, el amor por los camaradas y el amor por nuestros enemigos. Estos son los títulos de los diferentes «libros» que componen la obra, que solo se entienden si siguen a un título general que, en la edición española, se ha sustituido, quizá por sumisión a la «corrección política» imperante que haría inaceptable que en portada se citen las «virtudes de la guerra» (y recordemos con el gran Toynbee que «No por estar montadas en sangre y hierro dejan de ser virtudes las "virtudes militares"; pero su valor reside en las joyas mismas y no en su horrenda montura» (1976: 31).

Cierto es que no es este el panorama general, aunque sí preocupantemente habitual. Por acabar con una nota positiva, recordemos que en otra novela del mismo autor, *La campaña afgana* (Pressfield, 2007), se recogen, junto al traductor principal (Mila López), los nombres de dos «revisores técnicos», en cuyo criterio tenemos plena confianza: Marc Gener (especialista en armas del CSIC) y Javier Negrete, a quien de sobra conocemos ya.

Bibliografía citada

Textos de no ficción

Alapont Martin, L.; Calvo Gálvez, M., y Ribera i Lacomba, A. (2010). *La destrucción de Valentia por Pompeyo (75 a. C.)*. Valencia. Ayuntamiento. Colección *Quaderns de Difusió Arqueològica*, 6.

Bellón, J. P.; Molinos, M.; Gómez, F., y Rueda, C. (2013). «La batalla de Baecula: tras los pasos de Escipión el Africano». En M. Bendala (ed.). *Fragor Hannibalis: Aníbal en Hispania*. Madrid: Museo Arqueológico Regional, (pp. 313-333).

– Ruiz, A.; Gómez, F.; Molinos, M.; Rueda, C., y Cárdenas, I. (2014). «Analyse archéologique d'un champ de bataille de la deuxième guerre punique: Baecula». En F. Cadiou y M. Navarro (eds.). *La Guerre et ses traces: conflits et sociétés en Hispanie à l'époque de la conquête romaine (IIIe-Ier s. a. C.)*. Bordeaux. Ausonius (pp. 17-29).

– Ruiz, A.; Molinos, M.; Rueda, C., y Gómez, F. (eds.) (2015 en prensa). *La Segunda Guerra Púnica en la península ibérica. Baecula: arqueología de una batalla. Actas del Coloquio de Jaén, noviembre de 2011*. Jaén. Universidad de Jaén. Colección *Textos CAAI*, 7.

Cadiou, F. (2008). *Hibera in terra miles. Les armées romaines et la conquête de l'Hispanie sous la République (218-45 av. J. C.)*. Madrid. Casa de Velázquez.

Cartledge, P. (2004). *Alexander the Great: the Hunt for a New Past*. London. MacMillan.

Cascón, A. (2014). «Éxito y utilización ideológica de la novela histórica sobre la antigua Roma». *Minerva*, 27 (pp. 177-201).

Chandler, D. (1969). *The Campaigns of Napoleon*. London. Weidenfeld & Nicholson.

Domínguez Monedero, A. J. (2013). *Alejandro Magno, rey de Macedonia y de Asia*. Madrid. Sílex.

Goldsworthy, A. K. (1996). *The Roman Army at War 100 BC-AD 200*. Oxford. Clarendon.

Graves, R. (1976, ed. or. 1929). *Goodbye to All That*. London. Penguin.

Hammond, N. G. L. (1992). *Alejandro Magno: rey, general y estadista*. Madrid. Alianza (trad. A. J. Domínguez Monedero).

Hanson, V. D. (1989). *The Western Way of War: Infantry Battle in Classical Greece*. New York. Knopf.

– (1999). *The Wars of the Ancient Greeks and their Invention of Western Military Culture*. London: Cassell.

Keegan, J. (1976). *The Face of Battle*. London. Cape.

– (1993). *A History of Warfare*. London. Pimlico.

Manthe, U. (2014). «Soldaten der Crassus-Armee in China?». *Gymnasium*, 121 (5) (pp. 477-492).

Marías, J. (2005, 30 enero). «Regreso al primitivismo», *elpais.com*, http://elpais.com/diario/2005/01/30/eps/1107070018_850215.html.

Negrete, J. (2009). «Narrando batallas». En VV. AA. *Cinco miradas sobre la novela histórica*. Madrid. Evohé (pp. 43-60).

Oakley, S. P. (1985). «Single Combat in the Roman Republic». *Classical Quarterly*, 35 (pp. 392-410).

Quesada Sanz, F. (2005). «Alejandro de Macedonia o la creación de mitos a medida». *Revista de Libros*, 106 (pp. 8-12).

– (2013). «Baecula: ¿batalla campal importante o acción de retaguardia reñida?». *Desperta Ferro Antigua y Medieval*, 17 (pp. 22-26).

– (2015). «La batalla de Baecula en el contexto de los ejércitos, la táctica y la estrategia de mediados de la Segunda Guerra Púnica: una acción de retaguardia reñida». En Bellón, J. P.; Ruiz, A.; Molinos, M.; Rueda, C., y Gómez, F. (eds.). *La Segunda Guerra Púnica en la península ibérica. Baecula: Arqueología de una batalla*. Jaén: Universidad de Jaén. Colección *Textos CAAI*, 7 (pp. 589-608).

– (2016 en prensa), «El "rostro de la batalla": nuevas corrientes en Historia Militar antigua y el auge de la novela histórica de tema bélico». *Habis*.

Rodríguez Valcárcel, J. A. (1997). «Li-hsien: ¿una ciudad romana en China?». *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II. Historia Antigua*, 10 (pp. 120-135).

Sabin, P. (2000). «The face of Roman Battle». *Journal of Roman Studies*, 90 (pp. 1-17).

Sánchez Moreno, E. (2010). «El paso de las Termópilas: 2.500 años (y algunas ficciones) después». En C. Fornis *et al.* (eds.). *Dialéctica histórica y compromiso social. Homenaje a Domingo Plácido*. Zaragoza. Pórtico, v. III (pp. 1411-1436).

Shay, J. (1994). *Achilles in Vietnam: Combat Trauma and the Undoing of Character*. New York. Touchtone.

Tolstoi, L. (1988), «Algunas palabras a propósito de Guerra y Paz». Artículo publicado en 1888 en la revista *Antigüedades rusas*, anejo a *Guerra y Paz*. Barcelona. Planeta (trad. F. J. A. Alcántara y J. Lain Entralgo) (pp. 1466-1467).

Toynbee, A. (1976). *Guerra y civilización*. Madrid. Alianza.

Wheeler, E. L. (1998). «Battles and Frontiers». *Journal of Roman Archaeology*, 11 (pp. 644-651).

– (2001). «Firepower: Missile Weapons and the "Face of Battle"». *Electrum*, 5 (pp. 169-184).

Zhmodikov, A. (2000). «Roman Republican Heavy Infantrymen in Battle (IV-II Centuries BC)». *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, 49 (1) (pp. 67-78).

Textos de ficción

NB: La novelística ambientada en la Antigüedad con tema bélico en el eje de su narración es inmensa. Se recogen aquí solo títulos mencionados expresa-

mente en el texto por razones de la argumentación, sin que ello presuponga necesariamente una mayor valoración de su interés o de su calidad literaria. Se citan las ediciones en el idioma que el autor ha manejado.

Breem, W. (1970). *Eagle in the Snow. A novel.* London. Victor Gollancz.

Gallego, E., y Sánchez, G. (1997). «Dar de comer al sediento». En C. Garini *et al.*, *Premio UPC 1996.* Barcelona. Ediciones B.

Goldsworthy, A. (2011a). *True Soldier Gentlemen.* London. Weidenfeld & Nicholson.

– (2011b). *Beat the Drums Slowly.* London. Weidenfeld & Nicholson.

– (2012). *Send me Safely back Again.* London. Weidenfeld & Nicholson.

– (2013a). *All in Scarlet Uniform.* London. Weidenfeld & Nicholson.

– (2013b). *Soldados de honor: la aventura de los casacas rojas en la Guerra de la Independencia.* Madrid. La Esfera de los Libros (trad. J. de la Torre).

– (2014). *Run them Ashore.* London. Weidenfeld & Nicholson.

Graves, R. (1938). *Count Belisarius.* London. Cassell.

– (1978). *Claudio, el dios, y su esposa Mesalina.* Madrid. Alianza (Trad. F. Mazía).

Kane, B. (2008, ed. or. 2001). *La legión olvidada.* Barcelona. Ediciones B (trad. M. Diago y A. Debritto).

Manfredi, V. M. (2003, ed. or. 2002). *La última legión.* Barcelona. Grijalbo-Mondadori (trad. J. R. Monreal).

Miller, F., y Varley, L. (2000, ed. or. 1998), *300.* Barcelona. Norma.

Negrete, J. (2007). *Alejandro Magno y las águilas de Roma.* Barcelona. Minotauro.

– (2008). *Salamina.* Madrid. Espasa.

Posteguillo, S. (2006). *Africanus: el hijo del cónsul.* Barcelona. Ediciones B.

– (2008). *Las legiones malditas.* Barcelona. Ediciones B.

Pressfield, S. (1999, ed. or. 1998). *Puertas de fuego.* Barcelona. Grijalbo-Mondadori (trad. C. Camps).

– (2001, ed. or. 2000). *Vientos de Guerra.* Barcelona. Grijalbo-Mondadori (trad. C. Urritz y J. A. Soriano).

– (2005 ed. or. 2004). *La conquista de Alejandro Magno.* Barcelona. Grijalbo (trad. A. Coscarelli).

– (2007, ed. or. 2006). *La campaña afgana*. Barcelona. Planeta (trad. M. López).

Shipway, G. (2010, ed. or. 1968). *Gobernador Imperial*. Madrid. Pàmies (trad. N. Gres).

Sutcliff, R. (1954). *The Eagle of the Ninth*. London. Oxford University Press.

Tolstoi, L. (1988, ed. or. 1865). *Guerra y Paz*. Barcelona: Planeta (trad. F. J. Alcántara y J. Laín Entralgo).

Vidal, G. (1983). *Juliano el Apóstata*. Barcelona. Edhasa (trad. E. Masullo).

Yourcenar, M. (1951). *Mémoires d'Hadrien*. Paris. Plon.